

Desahogos cristinos en 1835

por el

P. ANSELMO DE LEGARDA

Los melindres de la Historia suelen privarnos de noticias bélicas apetitosas, aunque cargadas de especias. Registra cuidadosamente los partes oficiales, las proclamas y arengas de los jefes; pero por maravilla se inclina a recoger una palabra de la soldadesca. Al contrario, se complace en coserle la boca para que su vocerío no perturbe el discurso del general.

Ni las guerras carlistas lograron eludir esta ley o capricho. Pues, si bien conocemos cantares y anécdotas de ellas, son en extremo escasos o fragmentarios, e insuficientes para descubrirnos aquella energía sobrehumana, que electrizaba a los batallones en trances apurados y los arrastraba a la victoria.

Y esos mismos cantares se han perpetuado no gracias a la Historia, sino merced a su carácter casi sagrado. Pues a los que entonces cantaban y luchaban, no los consideramos como soldadesca, sino como gloriosos antepasados; y sus cantares, como recuerdos de familia.

Combatían y cantaban cristinos y carlistas. Y por un fenómeno raro, aunque explicable, han pervivido aquí menos muestras de la inspiración de los vencedores.

Por eso fué muy grata la sorpresa que recibí al dar con una serie de expansiones de los cristinos, escritas en verso y prosa.

EN UN LIBRO DEL AMIGO DE CHAHO.—Quien haya leído el *Viaje a Navarra* de Chaho (1), recordará ciertos pormenores relativos al boticario de Lesaca, Pedro de Arizmendi. A su presencia llega el

(1) *Viaje a Navarra durante la insurrección vasca* (1835), Bilbao, 1933. Edición del doctor Justo Gárate.

extravagante viajero guiado por el Capuchino (2). Este le informa previamente (3) de la desgracia del boticario, cuyo palomar había sido pasto de la voracidad de los cristinos, enemigos hasta de la guitarra y botes medicinales del carlista.

Luego dice el propio Pedro de Arizmendi (4) con cierto orgullo: "Los cuatro muros y el techo de mi casa quedan todavía para recibirlos. Esos pillastres de peseteros me han mandado decir que la quemarán sin falta la primera vez que vuelvan a Lesaca. No faltaría más para su alegría que cogirme vivo."

Si tan mal les fué a las palomas y a la guitarra, no cabe duda que la desgracia les alcanzó a los libros del farmacéutico. Unos debieron de perecer en el fuego y otros dispersarse.

Entre los dispersos cuento a uno que ha caído en mis manos: *Flora Española o Historia de las plantas que se crían en España*. Su autor, don Joseph Quer, cirujano de S. M... tomo tercero. Madrid, J. Ibarra, 1762.

Mi conjetura estriba en lo escrito en su anteportada: "Este tercer tomo de la Flora Española sirve para el uso de don Melchor de Arizmendi, boticario de la villa de Lesaca. A 20 de junio del año del Señor 1813."

Melchor sería padre o pariente de Pedro, heredero de la botica y librería. No me he puesto a investigarlo para afirmarlo rotundamente.

Un grupo de cristinos cayó sobre el tomo de la *Flora* e iluminó el envés de sus láminas con los colores chillones que vamos a contemplar.

(2) *Viaje a Navarra...*, pág. 83 y siguientes.

Quién fuera ese capuchino no es fácil decidir. Don José María Azcona, Zumalacárregui. *Estudio crítico de las fuentes históricas de su tiempo*, Madrid, 1946, pág. 108, aventuró la hipótesis de que «será Fray Fidel de Vera». Creo que no es aceptable. Sospecho que Azcona parte de la obra del P. Ildefonso de Ciáurriz, *Capuchinos ilustres de la antigua Provincia de Navarra-Cantabria*, vol. 2.º, Pamplona, 1926, pág. 258 y sigs. Aunque en la obra de Azcona se equivoca el nombre de pila del P. Fidel. Los rasgos espirituales de éste no casan con la descripción del estrafalario tragabalas de Chao. El apéndice del libro del P. Ciáurriz ofrece un buen número de capuchinos de Vera profesos en aquella época. Por otra parte, la *Estadística General de la Provincia Capuchina de Navarra-Cantabria-Aragón...*, Pamplona, 1928, en su pág. 108 nos brinda la familia conventual de Vera al tiempo de la expulsión de sus frailes, entre los que figura un lego, Fray José de Vera. ¿Fué éste quien acompañó al suletino?

Más fácil se me figura la identificación del «gaita Antonio», a quien saluda el guía de Chao, pág. 85 del *Viaje*. Imagino que se trata del capuchino P. Antonio de Vera, que profesó el mismo día que el P. Fidel, padeció la excomunión y falleció en Vera en 1887.

(3) *Viaje...*, págs. 91-92.

(4) *Viaje...*, pág. 93.

Después de muchos años tormentosos y fríos, la *Flora* de Quer halló su invernadero en la biblioteca del Colegio de Lecároz, donde actualmente se guarda.

AUTORES Y TEMAS.—Fueron varios los que pusieron en el libro sus plumas pecadoras, unas veces para deleitarse trazando ringorranos y otras para calmar su inspiración. Con todo, creo que casi siempre son meros amanuenses y no nos ofrecen partos de su ingenio, sino frutos de munición de la intendencia miliciana.

Uno de ellos hace constar sus datos personales: "De la mano y pluma de Felipe Grande, natural del lugar de Zambroncinos del Páramo." Pertenece a algún batallón castellano.

Pero de ello no se infiere la ausencia de liberales indígenas. Sabido es que los hubo, y Pirala se regodea recordándolo una y otra vez (5).

Los temas no se distinguen por su variedad: predominan las pullas y maldiciones contra don Carlos, las profecías fatídicas sobre Zumalacárregui y las voces de conmiseración a navarros, guipuzcoanos, alaveses y vizcaínos.

Pertenecen a los meses anteriores a la muerte de Zumalacárregui, meses de apogeo de la causa carlista. Nuestros cristinos, impotentes con el sable y la bayoneta, esgrimen la pluma para intentar oscurecer la fama del rey y de su genial caudillo.

Los insultos y amenazas debían de estar a la sazón muy depreciados. De ahí que los extremen.

Por lo demás, los carlistas les pagaban en la misma moneda, a juzgar por la muestra que nos ofrece Chaho (6): "El Capuchino terminó la serie de sus canciones con una copla castellana que, en su feroz ingenuidad, no hablaba nada menos que de desollar viva a la reina Cristina y de hacer un tambor con su piel, para ir a redoblar el llamamiento por los valles de Aragón."

CONTRA DON CARLOS.—

Carlos, que estabas bien
en Inglaterra desterrado:
te estás buscando la muerte
y, al fin, caerás en el lazo.

Por cabeza de motín
te has de ver ajusticiado.

(5) *Historia de la Guerra Civil...*, 2.^a ed., t. I, Madrid 1868, págs. 498, 523, 550, 551, 557. Menciona a los liberales del país armados en Baztán, villas y valles próximos. Verdad es que algunos, como los de Santestebán, pág. 555, sentían un fervor sobradamente egoísta.

(6) *Viaje...*, pág. 89.

Y también Zumalacárregui
te acompañará de la mano.

La ambición rompe el saco:
tú bien lo conoceras.
Pues eras un Infante,
¿qué podrías desear?

Toda España está cedida (7)
a servirle a María Isabel,
porque tiene otro modo de pensar (8)
y sabe corresponder.

No porque sea mujer
por eso no debe reinar; (9)
pues la legítima causa es suya
y no se la pueden quitar.

También está la Alianza
con otras demás naciones
que desean venir a España (10)
a batirse con los sulpadores. (11)

En las mismas ideas y sentimientos abunda el copista de estos otros versos:

¿Quién te ha metido a guerrero,
siendo un hombre de regalo,
metido entre sierras,
como pastor sin ganado?

La montaña en tu palacio;
el bosque, tu retiro:
vuélvete a Inglaterra,
que te cogerán los cristinos.

¡Si tu hermano el rey beato, (12)

(7) Por «decidida», probablemente.

(8) No repáremos en sílaba más o menos, ni intentemos restaurar éste y otros versos. Me he limitado a corregir errores morfológicos y ortográficos.

(9) El ser hembra no era óbice para reinar en Navarra, según tengo entendido.

(10) Sobrè esto, véase Pirala, o.c., t. I, pág. 432.

Y José María Iribarren, *Mina y Zumalacárregui en la batalla de Larremiar*, «Príncipe de Viana», 4, 1943, 464.

José María Azcona hace una observación acerca de «la conducta de don Carlos cuando, en febrero y marzo de 1825, se vió amenazado por la intervención de Francia e Inglaterra, y le aconsejaron que cesase en su empresa».

(11) Por «usurpadores».

(12) En el original, «rey el beato».

cuando llegó el caso de desterrarte,
te hubiera echado al canal
con una cadena y el petate!

Tú pretender el ser rey
sin haberlo merecido:
anda y ponte la corona
de un ganado de Bendidos. (13)

Unas de las más genuinas muestras de cantar cuartelero es el referente al primogénito:

Carlos V tiene un hijo
y le quiere coronar,
y por corona le ponen
una piedra de amolar.

El mismo copista, uno que emplea zeta por la de final de los imperativos, agrega:

Oíd, oíd, Borbones,
decid todos así:
Vivan los hombres libres,
muera todo carlín. (14)
Libertad, unión,
venid, llegad,
guerreros, a España,
a Carlos V degollar.

Después de transcribir con problemática fidelidad esas lindezas, nos da estas otras de su propio caletre: "Decid a mí lo que queráis; que Carlos es un valiente puñ... por muchos estilos. Y vosotros, navarros, guipuzcoanos y alaveses, no queréis creer lo que es y lo veréis el pagó que os da en poco tiempo que andéis con él. Luego lo veréis, inmediatamente. ¡Ay, pobres infelices! ¡Cómo os vais a quedar! Como las gallinas: sin plumas y cacareando."

La antología de insultos contra el pretendiente termina con esta nueva alusión al degüello, tan del gusto de estos cristinos:

Carlos V avaricioso,
te quisiste coronar;

(13) No entiendo esa frase, ni alterando su ortografía.

(14) Azconá, o.c., pág. 41, refiriéndose a Anastase de Tandé y otros chuanes, escribe: «Ellos fueron los que trájeros el nombre de *carlista*, en sustitución del de *carlino*, con que se designaba en España a los partidarios de don Carlos.»

que a tu hermano en el mundo
intentaste el degollar.

CONTRA ZUMALACARREGUI.—Malparado sale asimismo el hijo de Ormaíztegui. Hemos visto ya que, al vaticinarle al rey su ajusticiamiento, no se le perdía de vista al general:

Y también Zumalacárregui
te acompañará de la mano.

Otro nos da una proclama burlesca: "Comandancia General de la Rebelión de Navarra.—Don Tomás Zumalacárregui, Virrey de los Bosques y Montañas, General en Jefe del Ejército usurpador de Carlos V, Juez protector de los Cabecillas, Presidente de las Injusticias, condecorado con varias cruces de distinción de romanos y bolsillos." (15)

"Navarros, guipuzcoanos, alaveses y vizcaínos: Deseoso de manifestaros"...

Un tercero, como corolario de la proclama truculenta de Mina después de lo de Lecároz, escribe: "Don Tomás Zumalacárregui será afusilado adonde se coja."

No soñaban que, pocos meses después, una bala perdida iba a poner fin a las victorias del temido general y dar principio a la decadencia de la Causa, roída de envidias e intrigas.

NAVARROS, GUIPUZCOANOS, ALAVES Y VIZCAINOS.—La proclama o decreto burlesco de Zumalacárregui, cuyo encabezamiento acabamos de copiar, continúa de este modo: "Deseoso de manifestaros lo agradecido que estoy por lo bien que hemos sacrificado a vuestras familias y los demás que cubrieron los caminos con comestibles, tengo el honor de concederos los artículos siguientes:

"Os haréis lo más pronto que se pueda con una hoz de raspadaña (?) para embarcarnos con pretexto de ir a trabajar a países extranjeros, y de este modo conseguiremos nuestra perdición. Porque para nosotros, se han helado las viñas (16); los trigos, se los ha tragado el cólera mormo (17), y así, hijos míos (18), ya no tenemos más

(15) No alcanzo eso de las condecoraciones.

(16) ¿Fue realmente el 34 año de mala cosecha de vino y trigo?

De hecho fue muy corta la de cereales en 1837 y todavía se ensañó en ella la pedregada, según datos de Azcona, o.c., pág. 488. Ahí mismo se advierte que «la agricultura, por causas bien notorias, ha decaído extraordinariamente».

(17) Escribí en 1834, año del cólera morbo y de la matanza de frailes. Aquí da los trigos al cólera, como podía dárselos al diablo.

(18) A pesar de la zumba con que se han escrito estas palabras de

amparo que la hoja de los árboles, y ésa, para nosotros, se nos ha caído. Y para que creáis en mí, tomad el catalejo (19) y veréis el desengaño. Convento de Vera a 23 y medio de septiembre de 1834." (20)

El pronóstico "sin plumas y cacareando", queda ya registrado.

Ninguno de los que colaboraron en la ilustración del libro del boticario de Lesaca, es un modelo de estilo. Pero entre todos descuellan por su ineptitud el que fecha "en Elesaca a 19 de marzo de 1835" una sarta de dislates con aires de proclama de Mina. Habla de los cañones recién cogidos "en las inmediaciones de Elizondo", amenaza tres veces con el degüello total "desde el más chico al más grande" y anuncia como hecho inevitable que "van a ser arrasadas estas cuatro provincias" (21).

Terminaremos con una amarga lamentación que, si no es copia, merece para el amanuense un puesto distinguido entre los que borajearon en el libro:

"Es una vergüenza—escribe—lo que pasa en España. ¿En qué nación se ve lo que en ésta? Hijos en contra de los padres; los padres en contra de sus hijos; hermanos en contra de sus hermanos; españoles en contra de españoles. Vergüenza me da de estar en España. Y todo esto se sigue por no haber una reguridad sobre los castigos. ¿Quién ha visto hacer la guerra los curas, frailes, estudiantes, el paisano? Por consecuencia, cada uno debe trabajar en su oficio: el paisano, en sus negocios urgentes a su familia; el cura, en su parroquia, o rompiéndose las cejas a estudiar; el fraile, en su oratorio y cilicios; el soldado, a la guerra."

Así eran los ocios de los soldados de María Isabel por tierras de Cinco Villas.

carifio, son expresión auténtica de la ternura y preocupación que siempre sintió el general por sus soldados. Azcona, o.c., en la sección de correspondencia, págs. 494 y sigs., ofrece cartas y documentos de Zumalacárregui con expresiones conmovedoras.

(19) ¿Era famoso Zumalacárregui por su catalejo, aun antes de poseer el de Wellington? Véase Azcona, o.c., pág. 551, y Pirala, o.c., t. I, pág. 544.

(20) Imagino que el convento será el de capuchinos, donde a la sazón estarían alojados los cristinos. Pues Zaratiegui, *Vida y hechos de don Tomás de Zumalacárregui*, San Sebastián, 1946, cap. V, pág. 202, al enumerar los pueblos con guarnición cristiana en septiembre de 1834, cuenta a Vera. El convento, en mayo del año siguiente, estaba reducido a cenizas, quemado por Rodil, según nota a Chao, *Viaje...*, pág. 83.

(21) Verdad es que la auténtica proclama de Mina en Narvarte, después de los fusilamientos e incendio de Lecároz, no campaba por sus expresiones suaves e insinuantes. Véase Azcona, o.c., págs. 377 y 523; y Pirala, o.c., t. I, pág. 505. Iribarren, en el artículo citado, pág. 485 y nota correspondiente, ofrece una excelente descripción de la espantosa jornada de Lecároz.